

# SARAH ADDISON ALLEN

## Otras aves

Traducido de inglés por Ana Isabel Sánchez

Título original: *Other birds*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Copyright © 2022 by Sarah Addison Allen. Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Jane Rotrosen Agency, LLC, vía International Editors & Yáñez Co' S. L.

© de la traducción: Ana Isabel Sánchez Díez, 2023

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-18945-86-1

Depósito legal: M-25938-2023

Printed in Spain

*Dedicado a la memoria de mi madre,  
que me enseñó que la comida es amor.  
Fue la primera, y la mejor, magia que conocí.*

*Y a la memoria de mi hermana,  
que me precedió e iluminó el camino*



Los cuentos no son ficción. Los cuentos son tejido.  
Son las sábanas blancas con las que cubrimos a nues-  
tros fantasmas para poder verlos.

ROSCOE AVANGER, *Dulce Mallow*



## CAPÍTULO UNO

A su lado, la jaula de mimbre vacía empezó a agitarse con impaciencia. Zoey le lanzó una mirada cortante, como diciéndole que ya casi habían llegado. La jaula dejó de moverse.

La chica se volvió hacia el taxista para ver si se había dado cuenta. El viejo con cara de higo la estaba observando a través del espejo retrovisor, con las cejas de plata arqueadas. Pasaron varios segundos y el hombre seguía mirándola, cosa que a ella le resultó un tanto desconcertante, ya que era de la opinión de que el taxista tendría que estar fijándose en el largo puente que salvaba el agua. Pero era como si estuviera esperando a que ella le respondiese.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Zoey.

El viejo no había vuelto a pronunciar una sola palabra desde el «¿Adónde?» de cuando la había recogido en el aeropuerto.

—Le preguntaba que si este era su primer viaje a Mallow Island.

—Ah —dijo ella—. Sí.

La jaula se agitó para mostrar su desacuerdo, pero esta vez Zoey no le hizo caso. Era su primer viaje. El primero que recordaba, al menos.

—¿Turismo?

—Me mudo allí. Empezaré la universidad en Charleston este otoño.

—Vaya —dijo el hombre con un acento que alargaba la palabra como si fuera una melodía—. No sé de mucha gente que se mude a Mallow Island. Es una zona sobre todo turística a cuenta del libro ese de Roscoe Avanger. ¿Lo conoce?

Zoey asintió, ahora distraída porque la pequeña isla marina acababa de aparecer en el horizonte y no quería perderse la ni un segundo. Se alzaba sobre las pantanosas aguas costeras igual que una criatura marina indolente que se asoleara como si no tuviera nada de lo que preocuparse.

Cuanto más se acercaban, más aumentaba su entusiasmo. Estaba ocurriendo de verdad.

Tan pronto salieron del puente, el taxista giró a la izquierda y enfiló una carretera de dos carriles que bordeaba el perímetro de la isla. El agua, cargada de una espesa vegetación cañaveral, terminaba a escasos centímetros de la calzada. Pero eso no parecía molestar a los conductores de los coches con matrícula de otro estado. Avanzaban deprisa, con confianza, siguiendo las decorativas señales metálicas que rezaban:

RESORT MALLOW ISLAND: 5 KILÓMETROS MÁS ADELANTE

ALMACÉN DE AZÚCAR: 3 KILÓMETROS MÁS ADELANTE

TRADE STREET, ZONA HISTÓRICA: SIGUIENTE A LA DERECHA

A Zoey le daba miedo que el taxista se saltara el desvío y estuvo a punto de señalárselo, pero el hombre ya había puesto el intermitente. La joven se echó hacia delante, sin saber hacia dónde mirar primero. Si no hubiera sabido que, desde hacía más de un siglo, Mallow Island era famosa por sus dulces de malvavisco, Trade Street se lo habría aclarado enseguida. Era un lugar concurrido y algo surrealista. Las aceras estaban abarrotadas de turistas sacando fotos de los edificios viejos y estrechos, pintados de colores pastel desvaídos. Casi todos los restaurantes y las pastelerías tenían un cartel de pizarra con un dulce de malvavisco en el menú: palomitas de malvavisco, batidos de chocolate servidos en vasos de malvavisco tostado, patatas fritas con salsa de malvavisco.

Zoey bajó la ventanilla y una espesa combinación de sal del Atlántico y azúcar de las pastelerías la franqueó. Le resultó extraña y familiar a la vez. Se preguntó si el olor le despertaría algún recuerdo olvidado de cuando era pequeña. Intentó acordarse de algo, pero, como con casi todo lo relacionado con su madre, sus recuerdos eran más deseos que realidad.

—¿Está segura de que el lugar que busca está en Trade Street? —preguntó el taxista, que frenó en seco cuando un turista deslumbrado decidió cruzar la calle sin mirar. Zoey tuvo que estirar el brazo para evitar que la jaula de pájaros que llevaba al lado volcara. Tórtola iba a cabrear-se un montón cuando por fin la dejara salir—. Este es un barrio comercial, no residencial.

Nerviosa por si se había equivocado en algún detalle, Zoey hurgó en su mochila hasta encontrar el trozo de papel en el que había anotado la información.

—Sí —dijo mientras lo leía—. Se llama Apartamentos Valvoluta. El administrador del edificio me dijo que el desvío no estaba señalizado, pero que bajara por el callejón de la pastelería Azúcar y Garabatos y lo encontraría.

Al menos eso esperaba. Si aquello no salía bien, no había plan b. Estaría allí atrapada sin una casa en la que vivir aquel verano.

El taxista se encogió de hombros mientras reptaban por la calle atascada de coches. Encontró la pastelería —un edificio de color rosa con molduras blancas desconchadas que parecían glaseado— y giró. El callejón estaba oscuro debido a las sombras que proyectaban sobre él los edificios de ambos lados, cosa que no parecía un buen augurio para encontrar algún lugar habitable allí encajado. Justo cuando Zoey empezaba a pensar que le estaban gastando una broma colosal y que su padre y su madrastra se estaban echando unas buenas risas a su costa en aquel mismo momento, el callejón se abrió y allí estaba: un hermoso y antiguo edificio de adoquines con forma de herradura. Una verja de hierro forjado era la única entrada. Le confería al lugar un aire de secretismo mágico que seguro que desconcertaba a cualquiera que se equivocase al girar y se internara en aquel callejón sin salida.

Era más pequeño de lo que Zoey había conjeturado. Todas las historias sobre su madre que le había oído contar a su padre iban prologadas por el amor que aquella le profesaba al dinero y las artimañas que empleaba para conseguirlo, así que aquel no era un lugar en el que Zoey se hubiese imaginado que su madre quisiera estar: dimi-

nuto, tranquilo y escondido. Sintió un pequeño estremecimiento de felicidad. Ya estaba aprendiendo algo nuevo.

—Anda. ¿Quién iba a pensar que esto estaba aquí? —dijo el taxista—. ¿Cómo se ha enterado de la existencia de este sitio?

—Mi madre vivía aquí —respondió Zoey al mismo tiempo que le entregaba algo de dinero en efectivo.

Luego cogió la mochila y la jaula de mimbre y se bajó del coche.

A propósito, se mantuvo de espaldas al taxi mientras el vehículo se alejaba. En cuanto dejó de oírlo, volvió la cabeza por encima del hombro para asegurarse de que se había marchado y abrió la jaula. Sintió que Tórtola pasaba volando a su lado batiendo las alas con furia.

Zoey respiró hondo para calmarse y se acercó a la verja, que tenía un ajado letrero de latón en el que se leía «EL VALVOLUTA». La empujó y las bisagras chirriaron, perforaron el silencio. Al otro lado había un pequeño jardín central cubierto de vegetación. Entró y siguió un camino de ladrillos bordeado de árboles bajos con ramilletes de flores acampanadas y desproporcionadamente grandes. Desprendían un olor empalagoso, como el de un frasco de perfume derramado. Al pasar, rozó uno de los árboles con la mochila y, de repente, un remolino de minúsculas aves turquesa salió volando.

Con un alarido de asombro, Zoey salvó corriendo el resto de la distancia que la separaba de la curva en U del edificio. Subió a la acera ante una puerta con un letrero de «ADMINISTRADOR». Para su desconcierto, los pájaros se

posaron en la acera y empezaron a dar saltitos a su alrededor.

Eran unas cositas preciosas, algunas no más grandes que una caja de anillo. Se quedó mirando al que le encontró el cordón del zapato y empezó a tirar de él con el pico de color sorbete de naranja.

—No hagas eso, por favor —dijo sin querer moverse por miedo a hacerle daño—. ¿No puedes decirle que pare? —le preguntó a Tórtola.

Tórtola emitió un arrullo tajante desde el jardín, como diciendo que aquella mudanza no había sido idea suya y que, por lo tanto, Zoey tenía que arreglárselas sola.

La muchacha llamó a la puerta del encargado, con la mirada aún clavada en los pájaros. Cuando se abrió, levantó la vista y vio a un anciano negro vestido con unos vaqueros desgastados y una camisa de trabajo de color caqui. Lucía una larga barba blanca, atada a la altura de la barbilla con una goma elástica como si fuera un pirata. Por lo visto, las avecillas interpretaron la apertura de la puerta como una invitación a entrar y se colaron en el despacho dando saltitos entre los pies del hombre.

El administrador se quedó allí plantado. Su mirada de ojos marrones y reumáticos, aumentados tras unas gafas cuadradas, estaba fija en algo que había en el jardín, a espaldas de Zoey. Esta tuvo que contener el impulso de agitar la mano delante de la cara del hombre para comprobar si la estaba viendo.

—Hola —dijo al fin—. ¿Eres Frasier?

Él la miró de repente a los ojos y soltó una carcajada oxidada.

—Perdona, sí. Y tú debes de ser Zoey. Bienvenida.

—Gracias. —Señaló hacia el interior el despacho—. ¿Eso que están haciendo está bien?

El hombre se volvió y vio que los pájaros estaban encima del escritorio, esparciendo papeles y lápices de acá para allá.

—Eh, venga. Fuera de ahí —dijo para espantarlos al mismo tiempo que abría un cajón y sacaba un juego de llaves. Zoey se hizo a un lado mientras Frasier obligaba a salir a los pájaros y cerraba la puerta tras de sí—. Están un poco mimados y son malos porque roban. Si pierdes algo, avísame. Guardo una caja con todas las cosas que encuentro en los nidos.

—¿Qué clase de pájaros son? —preguntó la joven mientras las aves se piaban quejas las unas a las otras y volvían brincando al jardín.

—Se llaman valvolutas. Son nativos de la isla. El hombre que renovó el edificio hace años los encontró aquí anidados y le puso su nombre al sitio. No fue su momento más creativo. Pero es apropiado, supongo. —Levantó las llaves—. ¿Lista para ver tu casa?

Zoey asintió y se preguntó cuál de los apartamentos de la planta baja sería el suyo. Por lo que veía, solo había cinco: dos a cada lado de la curva en U, a pie de jardín, y otro en la primera planta, justo encima del despacho de Frasier, en la curva propiamente dicha. Una escalera metálica retorcida ascendía hasta la galería como un largo bucle de pelo.

Se sorprendió cuando el administrador se dirigió a la escalera y empezó a subirla. Lo siguió de inmediato, con la mochila en una mano y la jaula en la otra.

—Este sitio no es como me lo esperaba —dijo mientras enfilaba la escalera de caracol tras él.

Frasier se detuvo en la galería y esperó a que lo alcanzara.

—Las mejores cosas nunca son como las esperábamos. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y verlo por primera vez. —La miró con los ojos aumentados mientras llegaba a su altura y contemplaba las vistas—. Esta fue la única estructura que sobrevivió, todas las demás casas de la isla ardieron durante la Guerra Civil. Más tarde, construyeron delante de ella las tiendas de Trade Street, así que permaneció aquí oculta durante años, olvidada por todos menos por los pájaros. En su día fue un establo de caballos. Ahí abajo, donde ahora están las puertas de los patios, se ve dónde estaban las de los distintos compartimentos. Aquí arriba, en tu estudio, estaba el pajar.

Zoey se volvió hacia él, asombrada. ¿Su madre había vivido en un pajar? No se le habría pasado por la cabeza ni en sus sueños más disparatados.

En ese momento, la puerta acristalada de uno de los patios se abrió de golpe y salió una mujer de entre cuarenta y cincuenta años, con el pelo oscuro y grasiento. Tenía aspecto de haber saqueado en secreto un cesto de ropa sucia. Llevaba una falda encima de unos pantalones y lo que parecían tres camisas distintas, mal abotonadas, una encima de otra. Levantó la mirada hacia Zoey, con unos ojos verdes y protuberantes que hacían que pareciera que estaba algo trastornada.

—¿Qué estás haciendo? —gritó—. ¿Quién eres?

—Esta es Zoey Hennessey —contestó Frasier también a gritos. Zoey le hizo un pequeño gesto de saludo con la mano a la mujer—. Te he hablado de ella esta mañana. Es nuestra nueva residente.

—¡No me gusta! ¡No me gusta ni un pelo! —Señaló a Zoey—. ¡Nada de ruidos! ¿Me oyes? Estoy intentando encontrar la historia que perdí. Está por aquí, en alguna parte, y no soy capaz de concentrarme con tanta actividad.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en su casa.

—Esa era Lizbeth Lime —dijo Frasier antes de que Zoey tuviera tiempo de preguntarle—. Te acostumbrarás a ella. Como hemos hecho todos. El resto son un grupo tranquilo. A su lado está Charlotte Lungren. Es artista. En el lado contrario del jardín está Mac Garrett. Trabaja de noche. Y al lado de Mac está Lucy Lime, la hermana de Lizbeth. —Zoey se alarmó de una manera tan evidente de que pudiera haber otra versión de Lizbeth viviendo en el edificio que Frasier sonrió y dijo—: No te preocupes. Lucy nunca se queja de nada. Nunca sale de su apartamento.

—¿Nunca?

Frasier negó con la cabeza.

—No le gusta estar con gente.

—¿Ni siquiera con su hermana?

—Con su hermana con quien menos. Incluso hace que le entreguen la compra y los medicamentos en casa. —Se volvió para abrir la puerta de la galería—. Hablando de entregas, tus cajas de Tulsa llegaron ayer. Les pedí que las metieran dentro.

Frasier entró y estiró la mano hacia la pared para activar un interruptor. Una lámpara de cristal se encendió y los bañó en una luz multicolor. El edificio era como una geoda: rocoso por fuera, pero centelleante con una decadencia inesperada por dentro.

El apartamento era pequeño, de una sola habitación. Los muebles estaban tapados con sábanas blancas, pero el resto de lo que Zoey alcanzaba a ver era precioso: el suelo de parqué dorado, las vigas encaladas y la larga encimera de la cocina en la pared del fondo, con unos electrodomésticos de un color rosa pálido algo *kitsch*.

—Pensé en destaparte todo esto, pero me imaginé que sería algo que te apetecería hacer a ti. —Le dio las llaves—. Si te surge alguna pregunta, me avisas. Estoy aquí todos los días hasta las cinco.

Tórtola entró volando, dejando tras ella una estela del perfume de las extrañas flores de los árboles. Preguntas. Sí, Zoey tenía preguntas. Millones de ellas. Pero la única que se le ocurrió formular fue:

—¿Qué son los árboles del jardín?

—Brugmansias. Hay gente que los llama trompetas de ángel. El hombre que renovó el edificio plantó varios tipos de arbustos y árboles distintos para ver cuál les gustaba más a los pájaros. Consideraba que era lo mínimo que podía hacer, teniendo en cuenta que debía desalojarlos de los nidos que habían construido en los establos. El que más les gustó fue la brugmansia.

Tórtola daba vueltas por la habitación con inquietud. Diseminaba el olor como si fuera un ventilador de techo.